

LA MUSA

A veces las cosas suceden de tal manera que es difícil discernir en qué momento comienzan. Pero éste no fue el caso, pues lo tengo todo grabado a fuego en la memoria. Recuerdo que amaneció un día lluvioso y yo maldije mi mala suerte. Tenía la presentación de mi último libro y la climatología no estaba dispuesta a colaborar para que asistieran los medios de comunicación y los lectores. Me encontraba tenso, pues había invertido tres años en culminar mi obra, una larga espera para el editor y mis seguidores. Lo cierto es que no se trataba de una de mis mejores novelas, sobre todo porque nunca he sabido hacer frente a la presión de los demás. Esto había quedado reflejado en la obra, pues aunque el desarrollo de la historia me satisfacía, el final se precipitaba a velocidad vertiginosa. Mi editor tenía prisa.

Me había vestido para la ocasión, un escritor de éxito tiene que cuidar su imagen en las apariciones públicas: ni muy serio (nada de corbatas) ni muy desarrapado (nada de zapatillas de deporte). Así que, como yo me muevo mal en el término medio, le propuse a mi editor que decidiera por mí. Y así lo hizo. Aparecí con una camisa blanca, pantalón vaquero y barba de dos días.

A pesar de mis pronósticos, el salón del hotel se encontraba repleto de rostros ávidos, desesperados por la media hora de retraso. Al punto, comenzaron a dispararse los flashes que tanto me atormentaban. Un amigo y compañero de la editorial hizo los honores y presentó mi nueva novela de intriga. Porque yo escribo sobre eso, sobre intriga, aporto un toque de incertidumbre, de aventura, de riesgo, incluso, a las anodinas vidas de mis lectores; y a la mía propia, porque escribir no deja de ser un acto de evasión. Comenzaron las preguntas como una ristra de balas de metrallera. No sabía ya quién me preguntaba qué, los flashes no me dejaban distinguir los rostros. Algún periodista con prisa abandonó la estancia antes de dar por finalizada la rueda de prensa.

Entonces, desde el centro de la sala alguien formuló una pregunta. No era periodista, de eso no había duda, ni bolígrafo, ni grabadora, ni cámara; y nada de ropas cómodas, sino una sugerente camiseta ceñida y una formidable melena rubia. La pregunta, ciertamente, me sorprendió, quizás porque no se trataba del contexto adecuado para formularla, y por el toque de descaro que le imprimió.

– Señor Candnós, ¿usted qué prefiere: un buen libro o una mujer bella? –Se había levantado para hacer la pregunta. Su voz, sugerente y llena de promesas.

Se extendió un murmullo de risas en la sala. Permanecí unos segundos en silencio, no porque no supiera qué contestar, sino porque me hallaba recreándome en las marcadas curvas de la poco cautelosa fémina.

– Pues, verá, señora, todo depende de una cuestión: de si el libro es mío o no.

El murmullo de fondo volvió a sonar. Mientras, la exuberante ensoñación tomaba asiento con una sonrisa en la boca y frialdad en la mirada.

Aquel incidente se marcó a hierro en mi pobre cerebro masculino. Varias noches soñé con ella y varias noches mojé sendos pañuelos. Pero yo casi siempre me he sometido a los caprichos del destino, así que no me esforcé por buscarla. Aunque si bien es cierto, alguna vez en las sucesivas presentaciones de *“El secreto del Esclavo”* forcé la mirada para discernir su aureola rubia entre la muchedumbre.

Con el tiempo, mi novela se convirtió en un éxito de ventas, que era lo que al editor le interesaba, aunque la crítica no fue muy considerada, cosa que a mí me importaba un bledo estando contento mi editor. Ya habría tiempo para obras maestras.

Un día fui invitado a una mesa redonda de escritores. Aunque ya había finalizado la promoción inicial de mi libro, accedí. Nunca está de más acudir a cualquier tipo de acto cuando tu obra se encuentra todavía en los escaparates de las librerías. La sala se hallaba rebosante de mujeres y de algún viejo lector. Supuse que la mayoría no

se habrían leído mis libros, pues a este tipo de actos suelen asistir personas interesadas por la lectura en general, que no por los libros de los autores invitados en particular. El moderador, un tipo grueso que había conocido la noche anterior, cuando llegué a la capital de provincias, formuló una serie de preguntas generales e invitó con vehemencia al público para que interviniera cuando lo creyera oportuno. Y en medio de aquella mancha de colores que componían los asistentes, el moderador vio una mano que solicitaba turno.

– Formule su pregunta, señorita.

Y allí estaba de nuevo. Tardé en reconocerla porque mostraba un aspecto diferente. Había recogido su espesa melena rubia en un moño apretado al cráneo. Lucía unas gafas oscuras de pasta, que le daban un aire a maestra, pero una maestra a la que cualquier papá hubiera deseado llevarse al pupitre de su cama. La falda de tubo de color marrón y una camisa blanca, bajo la que se transparentaba un sujetador de encaje, o eso quise yo imaginar. Todo ello expuesto ante mis ojos, para el disfrute de todos.

– Es una pregunta para el señor Candnós. –Creí vislumbrar un brillo de decepción en mis dos contertulios–. Verá, yo tengo mucha curiosidad por saber cómo construye sus personajes. –Su voz se modulaba tan sugerente como su aspecto.

Otra vez, tardé unos segundos en responder, recreándome no ya en lo que veía, ¿sería su culo tan redondo y suntuoso como todo lo demás?

– Pues, verá, casi siempre los escritores solemos utilizar modelos reales para nuestras historias. Personas que conocemos o que hemos visto en algún momento y que nos han llamado la atención por cualquier cosa.

Ella se arrellanó una vez que finalicé, y me arrepentí de haber argüido tan concisamente, privándome yo mismo de la recreación de mi vista.

Al final de la mesa redonda se acercaron varias personas para que les firmara libros o a comentarme algunas cuestiones sobre mis obras. Pero ella había desaparecido.

Llegué a mi hotel y decidí no ir a cenar con el resto de tertulios, que, a decir verdad, no me entusiasmaban con su compañía. Además, había traído mi ordenador portátil por si la musa de la escritura se dignaba a visitarme. Hacía algún tiempo que arrastraba dificultades para escribir. No gozaba de ideas ni de personajes. No es que supusiera ningún problema grave, con mis anteriores libros había conseguido ahorrar algo de dinero y este nuevo me posibilitaría ir tirando una larga temporada. Pero yo soy escritor y serlo depende de si estoy escribiendo o no. Si no enlazo ideas para después plasmarlas en un papel, no soy, he sido. Y eso supone un grave problema para mí.

Me asomé a la ventana y observé el largo pasacalles de coches y de personas. Un viernes por la noche. Eché de menos mi casa: mi vaso chato y pesado para el whisky que tomo todas las noches antes de dormir, mi sofá de cuero al lado de la chimenea. Mi fabulosa biblioteca, en la que me refugio la mayor parte del tiempo que no estoy escribiendo.

Me tumbé en la cama. Me incorporé y finalmente decidí bajar al bar del hotel a tomarme mi somnífero.

Allí no me esperaba la musa, desde luego. Pero sí una mujer rubia, de piernas largas y culo redondo. Ella no me vio, o eso creí, y yo me senté a su lado.

– Hola.

Ella se giró lentamente y me dedicó una mirada y una sonrisa que me dejaron helado.

“*Sabía que vendrías*”, creí entender. Su autosuficiencia era tal que parecía que me estuviera haciendo un favor con dignarse a hablarme. Estuve a punto de irme con mi copa a otra mesa.

- Qué coincidencia. Ahora ya no eres tú el maestro, el escritor famoso. Ahora sólo somos dos personas que coinciden en el bar de un hotel.

Esperé a ver qué ocurría.

- Sí, pero también es curioso que hayamos coincidido usted y yo en este hotel.

- Oh, claro. Ahora podemos comenzar a hablar sobre el egocentrismo de los escritores. Yo te he estado siguiendo desde hace mucho tiempo atrás, y he venido a este hotel para coincidir contigo en un simulado encuentro casual. Eso es lo que te gustaría creer. Pero te diré, y lo siento por ti, que mi trabajo me obliga a viajar mucho por toda España y que curiosamente, hoy, en esta ciudad de mala muerte, veo en unos folletos del hotel que un escritor al que admiro participa en una charla.

- No sé por qué me trata así.

- Sí, tienes razón.

A partir de ese momento, la situación se relajó un poco y permanecimos hasta las doce charlando en el bar sobre mis libros. Curiosamente, lo sabía todo sobre ellos. Después, me propuso subir a mi habitación. Y yo no me negué.

Me desnudó con avidez, quedándose ella en ropa interior. Lucía un conjunto blanco que incluía ligero. Pensé en si vestiría así habitualmente o si se había disfrazado para mí. No me importó la respuesta. Acaricié sus pechos y le quité el sujetador. La piel era suave pero alguna característica de su morfología me hizo pensar en si antes de mis caricias habían recibido la herida de algún cirujano. Tampoco me importó. Los recorrí con mi aliento, gozando de sus pezones cuando se endurecían entre mis labios. Eso me excitó mucho, siempre es placentero que una mujer responda a tus estímulos. La besé por primera vez, su boca sabía a menta y su cuello exhalaba un dulce olor a perfume que ya había olido antes, pero no lograba situar dónde. Liberé el apretado moño y metí la mano en su abundante cabellera rubia mientras comenzaba a descender mis besos por su

cuerpo. Nos tumbamos en la cama y le arranqué las bragas. La dejé desnuda a excepción del ligero. Acaricié todo su cuerpo, incluido su trasero. A pesar de lo exuberante que resultaba vestida, desnuda era esplendorosa. No permití que apagara la luz y ella respondió con cierta incomodidad en la mirada. A muchas mujeres les pasa. Pero a los hombres nos gusta mirar. Me puse un condón y dejé que jugueteara un poco con mi pene antes de penetrarla. Lo hice con cierta furia, intentando aplacar la larga espera a la que me había sometido desde la primera vez que la vi.

Me desperté cuando el sol comenzaba a destilar entre las rendijas de la cortina de plástico. Me encontraba solo en aquella habitación de hotel. Ni una nota, ni una prenda, sólo el tibio olor de su cuerpo. Me incorporé decepcionado y pedí que me subieran el desayuno. Después de recoger lentamente mis cosas, decidí emprender el regreso a casa.

Todo el camino, mientras conducía, permanecí pensando en ella. Quién sería y por qué disfrutaba tanto jugando conmigo.

Mi casa me acogió como una madre al hijo pródigo. Abandoné la maleta en la entrada y me derrumbé en el sofá. Al día siguiente vendría Marina, la mujer que limpiaba la casa, y le pediría que deshiciera el equipaje por mí.

Y entonces caí en la cuenta de que no sabía cuál era el nombre de la desconocida. Se lo pregunté en un momento de la conversación pero ella desvió el tema. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Y ella conocía muchas cosas de mí. Había recorrido todo su cuerpo, pero no acertaba a alcanzar su alma. Aquella noche dormí mal, me sentía como un títere en sus manos. Si la volvía a ver, tenía que zanjar aquella extraña relación. Pero en el fondo estaba deseando que ella decidiera reencontrarse conmigo.

Desde luego, los acontecimientos siempre son caprichosos. No la volví a ver, pero tuve noticias tuyas.

Aquella noche había resuelto no salir a cenar con unos amigos a los que hacía tiempo que no veía. Me encontraba cansado por toda la ronda de actos a los que había tenido que asistir para mantener las ventas de mi libro. Y mi editor ya comenzaba a indagar si estaba pensando en la trama del siguiente. No, no la tenía. Pero a él le mentí. La noche se presentaba tranquila. Tomé mi vaso de whisky y me desplomé frente a la televisión, esperando a que me acunara el sueño. Pero al momento llamaron a la puerta. Una rubia con poca ropa estaba bajo el dintel de la puerta.

– Hola.

Pensé que se había equivocado porque yo no había solicitado los servicios de una prostituta. Nunca lo había hecho.

– Perdona, pero se ha confundido.

– ¿Eres Candón? – pronunció con dificultad.

– Sí, soy yo.

– Entonces no me he equivocado. – Sonrió.

Antes de que pudiera reaccionar, la muchacha se había colado en mi casa. Y en ese momento gimió el teléfono. Me encontré azorado, sin saber a dónde acudir. La chica se encaminó al salón y se acomodó en el sofá de piel. Yo cogí el teléfono.

– ¿Sí? – contesté bruscamente.

– Hola –al momento reconocí su voz–. Te he enviado un regalo para amenizar tu solitaria noche. –Al principio no entendí nada, después miré a la prostituta. No podía creerlo–. ¿No te ha gustado? Oh, yo creo que te estás haciendo el duro. En el fondo te alegra tener a una chica tan guapa dispuesta para ti. Por qué no te sientas. Seguro que ese sofá tuyo tiene que ser comodísimo. –Le hice caso. La chica se acercó sin tocarme–. Se llama Lis, un nombre ridículo pero eso no importa, trabaja muy bien, ¿sabes? Conoce su oficio. –A pesar de lo incómodo de la situación no pude evitar que mis

pantalones comenzaran a abultarse. La mano de Lis estaba desabrochando mi camisa—. Es muy sensual, dile que te pellizque los pezones, vamos, díselo. —Y se lo dije—. Te gusta, ¿eh? Quiero que se desnude para ti, a excepción de los zapatos y las medias. —La muchacha lo hizo. Tenía un cuerpo escultural, moreno, con una espesa mata de vello en el pubis. —Ahora deja que te abra la bragueta y que te acaricie.

Mientras la prostituta me hacía una felación, la extraña mujer no paraba de decirme palabras soeces, hasta que tuve un profundo y largo orgasmo. Ella todavía seguía al otro lado del teléfono una vez que la prostituta se marchó. Ni siquiera la acompañé a la puerta. En realidad no había hecho el amor con ella, sólo había sido un instrumento.

- ¿Cuándo puedo verte? —Le pregunté.
- Quién sabe, ¿cuándo podré leer tu próximo libro?
- Quién sabe.

Aquella respuesta no le gustó, lo noté en su silencio.

- Oh, la crisis del escritor. Pensaba que eso era un mito. Pensaba que siempre había tesoros que descubrir en tu cabeza.
- Y los habrá, pero todo requiere su tiempo.
- Ya, tiempo. —Su voz tembló un poco—. ¿Sabes?, mi personaje favorito de entre todas tus novelas es Leyre Dávila, un alma sin futuro pero que lucha por él.
- Es un personaje muy triste.
- Sí, pero tiene mucha fuerza. Qué importante es definir un buen personaje para desarrollar una historia. Quizás si pensaras en alguien real para protagonizar tu próximo libro, la trama se hilvanaría sola.
- ¿Y en quién debería pensar?, ¿en ti? —Lo dije sin asomo de ironía.
- ¿Por qué no?

- Entonces, dime tu nombre.
- ¿Y qué cambiaría? Puedes llamarme como quieras.
- Inventaré una historia para ti.

Y así lo hice. Después de colgar, me dirigí al ordenador con el ansia de tener algo que contar y con la esperanza de que la recompensa consistiría en reencontrarme con mi Beatriz, con mi guía a través del paraíso. Y así la llamé desde entonces.

Sabía que ella estaba jugando conmigo y ahora tenía claro qué era lo que quería de mí. Quería ser la protagonista de mi próxima novela, quería ser un personaje. Y yo estaba dispuesto a someterme, aun sin saber si mi recompensa sería satisfecha.

Permanecí ante el ordenador durante horas, escribiendo para ella. Comencé mi siguiente novela bajo los efectos del deseo que sentía hacia Beatriz. Y si en mis anteriores historias el misterio venía de una pieza arqueológica, de una mansión inescrutable, de un tesoro enterrado, esta vez el origen era una mujer.

Aquel proceso febril duró varios meses durante los cuales Beatriz me atormentaba con llamadas de teléfono desde números ocultos.

Durante aquella época, mi contacto casi exclusivo con el exterior provenía del periódico que todas las mañanas recibía en mi casa y, a veces, como hacen muchos de los lectores, ojeaba las páginas de contactos. Y me llamó la atención uno:

“Rubia voluptuosa busca escritor que novele sus fantasías. Se recompensará”.

Venía un número de teléfono y el corazón me dio un vuelco. Era posible que fuera ella y que volviéramos a mantener un encuentro, hacía ya varios meses desde la última vez que nos vimos en aquel hotel. Tecleé el número con cierto temor por si fuera algún tipo de broma y yo un incauto. No fue ella la que contestó a la llamada y me encontré desamparado. La mujer que respondió no me preguntó nada más que el nombre de la protagonista de mi próximo libro. En un impulso se lo dije: Beatriz. Y me

citó para el día siguiente en una dirección. Tenía que ser ella, y con esa esperanza me lancé a la calle aquel martes por la noche.

Se trataba de un chalet en las afueras, muy bien acondicionado, con un exuberante jardín. Llamé a la puerta con recelo, empujado por la esperanza de volver a verla. Una mujer de mediana edad se dibujó a contraluz, enmarcada en las jambas, y me hizo pasar. Transitamos un largo pasillo hasta alcanzar una habitación presidida por una cama redonda y espejos en las paredes y el techo. Allí me abandonó. La luz era tenue y sugerente. Varias veces me pregunté qué demonios estaba haciendo. Y varias veces pensé en ella y deseché la idea de irme. Al poco apareció una hermosa muchacha rubia con una copa en la mano y me la ofreció. Comenzó a besarme y entonces comprendí que Beatriz estaba llevando a cabo otro de sus maliciosos juegos a los que yo no sabía negarme. Aquella muchacha continuó con su rítmico beso mientras otras cinco o seis mujeres, también rubias, surgían de la penumbra y comenzaban a desvestirme y acariciarme. Yo buscaba en cada cara el rostro de mi obsesión, pero me dejé llevar. Mi cuerpo estaba atrapado por manos, pechos y labios de varias mujeres que no pude llegar a contar. Me acariciaban ávidamente o se acariciaban entre sí. Me deshice en varios orgasmos a lo largo de la noche. Todas ellas estaban allí para servirme, para hacer realidad todas las fantasías que mis parejas nunca me habían permitido culminar. Penetré analmente a una de ellas mientras besaba los labios de otra. Estrujé los pechos de varias situando mi pene en medio. Acaricié sus genitales. Me perdí en las esencias de sus cabellos. Y todas eran Beatriz.

Al sentirme saciado, huí de allí, avergonzado por ser tan débil, por abandonarme en las manos o en las garras de aquella mujer sin escrúpulos que jugaba conmigo como con un perrillo de lanas. Y me obsesioné con la idea de conocerlo todo sobre ella. Ahora quería yo tener el control de la situación. Quería verla. Lo necesitaba.

Me entregué a la escritura febril del libro. Pasaba horas completando los huecos de aquella misteriosa mujer en las hojas que escribía. Mientras, su vida seguía siendo un misterio para mí. Apenas tenía datos con los que iniciar mi búsqueda. Llamé al hotel en el que se había hospedado cuando mantuvimos nuestro encuentro. Pero no pude obtener dato alguno. Era la política del hotel. Me desahogué con el pobre recepcionista que escuchó impertérrito la sarta de groserías que le escupí. De nada sirvió. Llamé a la madame del burdel que había visitado algunas noches atrás, pero el teléfono había sido dado de baja. Mi desesperación aumentaba por momentos. Pero aquello constituía también un impulso para mi escritura.

Mi editor me telefoneó varias veces y le pedí que me dejara en paz, que ya le avisaría cuando hubiera concluido. No había pistas, nada. Mi desesperación llegó a tal punto que llamé a todos los burdeles de la ciudad preguntando por una prostituta llamada Lis. Pero la única que encontré era un travesti de voz grave. Imaginé que, como en tantas cosas, Beatriz me había mentado.

Llegado a este punto, pasaba los días delante de mi ordenador y al lado del teléfono, por si ella decidía ponerse en contacto conmigo. Finalmente, concluí el borrador de mi novela, sin noticias. En él narraba la historia de una hermosa mujer y de un hombre atormentado. Grandes pasiones, grandes secretos. Mi editor se mostró encantado con el resultado final y apenas hubo correcciones. Pareció olvidarse de las malas maneras con que lo había tratado tiempo atrás.

A los meses llegó a mis manos un ejemplar de la primera edición de "Beatriz", no podía titularse de otra manera. Y a los pocos días, recibí una carta manuscrita a mi nombre.

Estimado David:

Lamentablemente no podré leer tu libro, pero tengo la gran satisfacción de haber sido una parte muy importante en él. A pesar de tus ilusiones, yo siempre he sido una mujer muy sencilla, reservada y tímida. Nunca he destacado por nada y jamás he sido feliz. Hasta que tracé mi plan y te conocí.

Si existe algo reseñable en mí es ser una voraz lectora y creer en los cuentos de hadas. A pesar de ser una pobre persona, siempre he esperado la aparición de un príncipe azul que me rescatara de mi vida anodina. Pero, a veces, el tiempo corre en contra y las situaciones hay que provocarlas.

Hace algún tiempo leí un cuento de Oscar Wilde que me llamó la atención "La esfinge sin secreto". Y pensé que yo también podría ser esfinge y que el secreto me lo podías dar tú. No quería abandonar este mundo sin que quedara rastro de mí, pero yo no poseo ninguna virtud reseñable. Tenía un grave problema.

Siempre he admirado tu obra, tus libros llenaban lo que mi vida se encargaba de vaciar. E imaginé que yo podría ser la protagonista de alguna de tus historias, podría ser tu fuente de inspiración. Y tracé mi plan. La mujer exuberante que conociste había sido hasta poco antes, en realidad, una muchacha morena y de figura triste. Pero conseguí atraer tu atención. Más tarde me convertí en una obsesión para ti. Y después en la protagonista de tu libro.

Nunca quise hacerte daño y creo que en esta extraña simbiosis hemos ganado los dos. Tú tienes tu libro y yo puedo vivir eternamente aun cuando mi cuerpo está finalizando su ciclo vital. Cuando leas esto yo habré muerto, mi enfermedad ya no me da tregua. Por eso no quise que nos volviéramos a encontrar, a pesar de lo que he anhelado tus caricias y de que los celos me corroían más que el cáncer. Pero debía seguir avivando tu llama. No he podido leer tu libro porque mis fuerzas me fallan, pero mi hermano me ha dicho que es tu mejor novela, tu obra maestra.

Gracias por todo y te deseo el mayor éxito.

María Gómez.

Dejé que el papel resbalara hasta el suelo y estampé mi libro contra la pared. Todo había sido un juego, el juego de una pobre infeliz con ganas de pasar a la posteridad igual que Beatriz lo había hecho de la mano de Dante. Sin más virtud que el conocimiento del corazón de un hombre solitario y cansado como el mío.

Aún así, la perdoné porque era cierto que yo me había dejado embaucar y que en aquellos meses de mi vida yo también había protagonizado una de mis historias. Quise visitar su tumba, por curiosidad, por saber algo más de ella, aquella carta no se me antojaba suficiente tras una larga y cruenta espera.

El cementerio se emplazaba alejado de la ciudad, rodeado de un bosque oscuro. Aquel miércoles, de mañana, se encontraba solitario. Con un ejemplar de mi libro en la mano rastree la tumba. No tardé mucho en hallarla. Sencilla, en el suelo, con una cruz y una pequeña foto de una muchacha morena de rostro dulce. Deposité el libro sobre el sepulcro, al lado de unas flores que ya empezaban a marchitarse.

María Gómez Vinagua

“Beatriz”

1979-2004